

Balance de los pontificados del siglo XX

Josep Ignasi SARANYANA

La reciente carta apostólica de Juan Pablo II *Tertio Millennio adveniente*, de 10 de noviembre de 1994, invita particularmente a una reflexión sobre el ministerio petrino a lo largo del siglo XX. En ella, y con vistas a la Gran Jubileo del Año 2000, el Santo Padre revista las tareas y responsabilidades específicas de los papas en los últimos cien años:

«Con el programa de renovar todo en Cristo, San Pío X trató de prevenir los trágicos derroteros que iba adquiriendo la situación internacional de principios de siglo. [...] Los Pontífices del período preconiliar se movieron en este sentido [defensa de la paz y la justicia] con gran diligencia, cada uno desde su propia situación: Benedicto XV se halló frente a la tragedia de la primera guerra mundial; Pío XI debió de afrontar las amenazas de los sistemas totalitarios o no respetuosos de la libertad humana en Alemania, en Rusia, en Italia, en España, y antes en México. Pío XII intervino contra la mayor injusticia de la segunda guerra mundial, el sumo desprecio de la dignidad humana, y dio también luminosas orientaciones para el nacimiento de un nuevo orden mundial después de la caída de los sistemas políticos precedentes.

«Además los Papas a lo largo del siglo, siguiendo las huellas de León XIII, han tratado sistemáticamente los temas de doctrina social católica, considerando las características de un *sistema justo* en el campo de las relaciones entre trabajo y capital. [...]» (n. 22).

Seguidamente, Juan Pablo II dedica unos párrafos significativos a la recepción del Concilio Vaticano II, con especial hincapié en sus propios viajes pastorales por todo el mundo y señalando como objetivo para el 2000 una visita «a todos aquellos lugares que se hallan en el camino del Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, a partir de los lugares de Abrahán y Moisés, atravesando Egipto y el Monte Sinaí, hasta Damasco, ciudad que fue testigo de la conversión de San Pablo» (n. 24).

Pues bien; secundando la iniciativa papal antes referida, AHIg ha considerado oportuno dedicar su sección monográfica a un balance de los últimos cien años de pontificado romano.

Evidentemente, la historia de la Iglesia no puede reducirse a la sola historia del primado petrino. Pero, cuando una serie de papas sucesivos llevan a término una actividad pastoral tan enérgica e intensa como los de nuestro siglo XX, un balance de su actividad refleja bastante bien, en sus líneas maestras, la trayectoria de la Iglesia a lo largo de los últimos cien años.

En efecto, los grandes temas que han preocupado a la humanidad en las diez décadas pasadas han estado presentes en las enseñanzas magisteriales de los pontífices de nuestro siglo. En sus mensajes encontramos constantes referencias a la paz y a la guerra; a la democracia y a la tiranía; a las libertades individuales, los derechos humanos y la calidad de vida; a la proyección del Evangelio en la actividad pública; a la renovación de la experiencia cristiana individual; a la evangelización de los nuevos Estados descolonizados y a la revitalización de la práctica espiritual en los países de antigua tradición cristiana; a las vocaciones sacerdotales y al estado religioso; al diálogo de la fe con la cultura; a la estabilidad e identidad de la familia; a los nuevos enfoques educativos; a las transformaciones del mundo económico y laboral; etc. Las intervenciones papales no han sólo «teóricas», es decir, puramente doctrinales, por expresarme en términos quizá un tanto desgarrados. Por el contrario, hemos visto desvelarse a los papas caminando delante del pueblo cristiano, como un buen pastor que no abandona a sus fieles. Ellos mismos han salido al encuentro de los más necesitados, comprometiéndose con los perseguidos sin eludir responsabilidades; han ejercido su magisterio profético sin componendas con los poderes fácticos de este mundo ni con los fuerzas más influyentes. No han temido, cuando ha sido el caso, las represalias injustas, aunque evitando imprudencias que pudiesen dañar tanto a los católicos, como a todos los hombres de buena voluntad. Todo ello nos permite concluir, y nuestros lectores podrán comprobarlo a medida que lean las diez colaboraciones que publicamos a continuación, que el siglo XX ha contado con una constelación de pontífices de primera magnitud, que han elevado el primado de Pedro a altas cotas de reconocimiento y respeto social, no sólo entre los católicos romanos, lo cual era previsible, sino también entre personas de distintas confesiones cristianas y aun no cristianas.

Los trabajos que se insertan seguidamente han sido ordenados cronológicamente. En primer lugar la última década de León XIII, es decir, los años que siguieron a la publicación, en 1891, de la encíclica *Rerum novarum*, que tanta

influencia ha tenido, por su tono anticipador, en la organización del mundo laboral. Y ojalá que hubiese sido tomada más consideración, no sólo al comienzo, sino después. Las alabanzas que le tributaron los papas posteriores, y muy particularmente Juan Pablo II, parecen plenamente justificadas, a tenor de la experiencia que hemos adquirido al cabo de cien años de su publicación. El Dr. Teodoro López, buen jurista y además teólogo, ofrece una breve pero muy rica síntesis de este documento, situando al lector en las puertas del siglo XX, con el pontificado de san Pío X. De especial relieve es, a nuestro parecer, un detalle subrayado por el Autor: que el papa León XIII habría presentado la doctrina social de la Iglesia en un contexto eminentemente teológico, planteamiento preterido en parte en los documentos pontificios posteriores, que situaron esa doctrina en su marco natural y filosófico, hasta que el Vaticano II volvió a la contextualización teológica.

Un mérito especial de la colaboración del Dr. Emmanuel Cabello es, a nuestro entender, el haber superado un cliché popularizado por la manualística, según el cual Pío X sería sólo o principalmente el pontífice de la «década crítica»: el papa de las medidas disciplinares, más o menos afortunadas, contra los modernistas. Pero se olvida, con frecuencia, el contexto de las decisiones papales (el acoso y la violencia sufridos por la Iglesia desde muchas instancias) y, sobre todo, se ignora el aspecto quizá más interesante de su labor de gobierno: el esfuerzo desplegado por potenciar la renovación espiritual de la Iglesia (mejoría de la catequesis a todos los niveles, fomento de la espiritualidad sacerdotal, impulso de la vida eucarística, reforma de la liturgia, restructuración de la curia romana, lucha por la libertad papal frente a las ingerencias de las potencias centro-europeas, codificación del derecho canónico, etc.).

Benedicto XV tuvo un pontificado breve, pero muy intenso, como bien ha documentado el Dr. Federico Requena. Este papa, cuyo período está marcado por la guerra y sus consecuencias, palió los efectos desastrosos del conflicto bélico con una notable labor humanitaria. No pudo, sin embargo, parar la guerra, y sus esfuerzos pacificadores fueron mal interpretados tanto por unos como por otros. También ha pasado a la historia como el papa que intentó sacar a la Iglesia del cerco a que estaba sometida desde 1870 y antes, haciéndola presente en los foros internacionales, maniobrando dentro de los estrechos márgenes de que disponía. Especial relieve tuvo así mismo, con vistas a la actuación pública de los católicos, la supresión del *non expedit* y el haber preparado, aunque remotamente, los acuerdos con el Estado italiano, que años después conducirían a los Pactos lateranenses. Igualmente, y esto constituye no poco mérito suyo, Benedicto XV frenó los excesos integristas de algunos ambientes, provocados por una mala comprensión de las medidas antimodernistas de Pío X. Precisamente en esta línea se inscribe la disolución del Sodalitium pianum y el distanciamien-

to vaticano de Action Française. No podemos olvidar tampoco que Benedicto XV promulgó en 1917 el *Codex Iuris Canonici*.

Los años de Pío XI fueron de una intensidad pocas veces igualada. Su resistencia y condena posterior del facismo, nazismo y comunismo; su intervención, a veces malinterpretada, en la guerra cristera y en la guerra civil española, fueron decisiones muy complejas y pluriformes, que han dado pie a pronunciamientos poco ponderados por parte de algunos historiadores. Ahora, con los años, su figura se agiganta, y sorprende su prudencia en aquel proceloso mar de las ideologías, atenazado, como estaba, por su propia política concordataria. Su rechazo del racismo fue terminante y profético. Algunos no han comprendido el alcance puramente espiritual de determinadas expresiones suyas sobre el culto a Cristo Rey y, juzgando precipitadamente, las han entendido en sentido teocrático y medieval. Pero él sólo pretendía que Cristo reinase en todos los corazones. Pío XI fue, además, el papa de las misiones, el que fomentó el clero autóctono, el que creó nuevas circunscripciones eclesiásticas en países donde apenas las había, el que buscó nuevos concordatos para facilitar y regularizar la vida católica en tantos países, el que fomentó la elevación de los estudios teológicos en los centros eclesiásticos, el pontífice que resolvió la «cuestión romana» y, en definitiva, el papa de la Acción Católica y el que censuró Action Française, entre otras muchas cosas. Tampoco se puede desconocer su voluntad de presencia en los foros internacionales. En apoyo de la vida familiar, nadie podrá olvidar nunca la espléndida *Casti connubii*, que abriría el cauce para las posteriores intervenciones de Pío XII, Pablo VI y, sobre todo, Juan Pablo II en esta misma materia. El Dr. José Escudero Imbert ha conseguido resumir con claridad y precisión un pontificado tan rico, sin omitir ningún detalle de interés, lo cual no era nada fácil *a priori*.

El pontificado de Pío XII suele dividirse en dos partes. La primera, el período de la guerra y inmediata postguerra, hasta 1950: con una Italia ocupada, el acoso de los católicos en los países del Eje, la persecución judía por parte de los nazis y su genocidio, y la explosión de entusiasmos en favor del comunismo al término de la contienda. Separando la primera etapa de la segunda, se sitúa la encíclica *Humani generis*, que ha merecido juicios dispares por parte de la historiografía, y que el Prof. José Orlandis sitúa en su justo contexto. En la segunda etapa, y después de abandonar la idea de un concilio ecuménico, el pontificado piiano entró en una etapa de estancamiento, surcada por dramáticas convulsiones, en las que algunos círculos franceses jugaron un papel destacado. De todas formas, un balance de este pontificado no debería olvidar —sería una injusticia— que Pío XII fue también el papa acogedor de los perseguidos durante la guerra, el Padre Santo del dogma asuncionista y de algunas encíclicas eclesiológicas notables, y el renovador de la liturgia y de los estudios bíblicos.

Juan XXIII, aquí estudiado por el Dr. Primitivo Tineo, ha pasado a la historia como el papa que convocó el Concilio Vaticano II. Su corto pontificado supuso una notable renovación de la Iglesia en muchos aspectos. También su actitud personal representó una revolución en la imagen que el pueblo cristiano se había forjado del Vicario de Cristo. Son conocidos su espontaneidad, su apertura ecuménica, sus salidas del Vaticano —incluso de incógnito— para visitar enfermos, sus dos viajes a Asís y a Loreto. Fue el papa que vio con claridad las deficiencias de algunas formas pastorales experimentales (sobre todo surgidas en Francia), al tiempo que creía en la gracia que la Iglesia poseía, expresaba y dispensaba. Por ello no le tembló el pulso censurando algunos experimentos pastorales y teológicos, provinientes principalmente del área francófona, que él conocía bien. Entre sus numerosas encíclicas, debemos mencionar las inolvidables *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*.

Al morir Juan XXIII estaba cantado que su sucesor iba a ser Pablo VI. Este pontífice ha sido un figura particularmente querida en la historia reciente de la Iglesia. Él logró reencaminar el Concilio, que se hallaba en un *impasse* difícil, tomando decididamente las riendas; él tuvo que correr con la responsabilidad de aplicar las disposiciones conciliares, especialmente en liturgia (tanto de la Misa como de los sacramentos); él, también, hubo de soportar los brotes más dramáticos de la crisis postconciliar, entre ellas la dolorosa escisión del arzobispo Lefebvre. Pablo VI fue el papa iniciador de los grandes viajes pastorales a los cinco continentes, el impulsor de un magisterio doctrinal de una extraordinaria riqueza (recordemos, por ejemplo: *Ecclesiam suam*, *Mysterium fidei*, *Popularum progressio*, *Sacerdotalis coelibatus*, *Humanae vitae*, *Evangelii nuntiandi*); el pontífice respetado por todos y presente con plena carta de ciudadanía en los foros internacionales más importantes. Él creó el Sínodo de los Obispos. Para los españoles, fue el papa de la transición política, en la que intervino con sumo tacto, aunque no faltaron las dificultades con el régimen del General Franco. A él se debe también un notable impulso ecuménico, levantando la excomunión que pesaba sobre las autoridades ortodoxas desde que se produjo la milenaria separación. Tan entusiasta de la Acción Católica (la FUCI), presenció el ocaso de esa institución. Murió respetado por todos, santificado por el sufrimiento, esperanzado por el futuro de la Iglesia. De todo ello ha hablado, connotable erudición y cariño Mons. José Luis González Novalín, vicerrector de la Iglesia Nacional Española de Roma.

Su sucesor tuvo un paso fugaz, pero decisivo. Juan Pablo I no publicó ninguna encíclica. Apenas tuvo actos de gobierno. Su paso, con todo, fue como una brisa fresca en una tarde de bochorno. Sus gestos cambiaron el curso de la historia.

Finalmente, unas palabras sobre Juan Pablo II, felizmente reinante, que ha sido el pontífice de la plena recepción del Vaticano II. El nuevo *Codex Iuris Ca-*

Josep Ignasi Saranyana

nonici y el *Catecismo de la Iglesia Católica* constituyen dos instrumentos capitales, que completan el Misal, la Liturgia de las Horas y el Ritual promulgados por Pablo VI. Así mismo, al desarrollar algunos aspectos eclesiológicos del Concilio, como la reforma de la curia, la ley para la elección del Romano Pontífice, la potenciación de la colegialidad episcopal, el establecimiento de los ordinariatos militares y prelaturas personales, la reforma legislativa sobre las Universidades de la Iglesia, etc., Juan Pablo II ha puesto a punto a la Iglesia para la entrada en el tercer milenio. También ha sido su intención recomponer antiguas heridas, provocadas por antitestimonios de algunos eclesiásticos (recordemos, por ejemplo, el caso Galileo). También él ha impulsado la rehabilitación de algunas figuras, incomprendidas en su tiempo, desde el teólogo francés Marie-Joseph Lagrange, hasta crear cardenal a Henri de Lubac. Sus viajes pastorales han tenido una especial trascendencia, por lo que han supuesto de contacto directo de los fieles con el Vicario de Cristo, y la expresión que han ofrecido a los medios acerca de la universalidad (catolicidad) de la Iglesia. Pero, sobre todo, Juan Pablo II ha sido el papa defensor de los más débiles, protector de la vida y de las libertades fundamentales. Sus documentos sociales han abordado con especial clarividencia los complejos problemas de la vida económica y laboral de nuestro tiempo, partiendo de los fundamentos puestos por León XIII. Su encíclica *Ut unum sint* ha significado, por último, un impulso al ecumenismo hasta ahora impensable. De muchas de estas cosas ha escrito muy bellas páginas el Dr. Enrique de La Lama, que también ha ofrecido una rica panorámica del pontificado de Juan Pablo I.

El último trabajo de esta sección monográfica está dedicado a la presencia de la Santa Sede en la Comunidad Internacional, intentada por Benedicto XV con escaso éxito, y lograda, de pleno derecho, desde la firma de los Pactos lateranenses, por Pío XI. Sobre este tema ha escrito con gran solvencia y conocimiento de causa el Dr. Carlos Soler.

Y ya, después de esta presentación, dejo al lector con los trabajos que hemos anunciado. La Redacción de «Anuario de Historia de la Iglesia» espera que su lectura constituya una aportación, aunque modesta, al mejor conocimiento del pontificado romano durante el siglo XX, sin duda uno de los períodos más brillantes del papado en los tiempos modernos.

Josep Ignasi Saranyana
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona